



EVA SANTANA

La falacia de Montecarlo

EVA SANTANA
LÓPEZ

La falacia de Montecarlo



Diseño de colección: Estudio Sandra Dios
Fotografía de interior: Ponomarencko/123RF

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Eva Santana López, 2024. Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2024

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-08-6

Depósito legal: M. 6.288-2024

Printed in Spain

Hay mentiras, hay amantes
que por instantes de placer
ponen su vida a temblar.

«Mi verdad», MANÁ

Capítulo 1

La batalla

El 18 de agosto de 1913, en el famoso Casino de Montecarlo, ocurrió un hecho sin precedentes: en una de las ruletas, la bola cayó veintiséis veces seguidas en el casillero negro. Los jugadores perdieron ingentes cantidades apostando al rojo. Actuaban bajo una creencia errónea que da nombre a la conocida como «La falacia del jugador» o «La falacia de Montecarlo», el pensamiento de quien calcula que por haber ocurrido un hecho repetido —o, por el contrario, por no haber ocurrido— el azar propiciará el cambio inminente. Sin embargo, la realidad nos dice que el azar no tiene memoria y que las probabilidades de que nuestra suerte varíe son las mismas en cada tirada.

Sergio, a quien la vida lleva años sonriendo, ignoraba la existencia de tal teoría cuando el despertador sonó puntual a las 07:05. En ese momento desconocía que en menos de una hora su destino iba a dar un vuelco. De haber estado familiarizado con la falacia de Montecarlo habría actuado distinto y modificado su rutina. Los hechos, entonces, habrían sucedido de otro modo. Tal vez, si hubiese apagado el despertador al segundo aviso, adelantando así su salida hacia la oficina unos minutos. O podría haber sido él quien preparara el café en lugar de su mujer, de manera que su partida se retrasara el tiem-

po justo y necesario. Pero él era ajeno a cómo iba a desarrollarse la sucesión de los acontecimientos, así que su mañana empezó con la cadencia de los días laborables en cuanto sonó el insistente sonido en progresión creciente del despertador.

—Sergio... Cada día lo mismo. ¡Que yo aún no me tengo que levantar! —se queja Blanca alargando mucho la «a» final, como una niña mimada—. Podrías apagar ese trasto y dejarme dormir.

Sin embargo, Blanca contradijo el enfado de sus palabras con la realidad de sus gestos: pasó por encima de su marido en la cama, le dio un manotazo al botón de apagado y se levantó con el pelo encrespado y los ojos hinchados para abrir la persiana automática. Sergio contempló a contraluz la extraña silueta de su mujer. Resopló bajo su largo flequillo, impulsándolo hacia arriba, un tic que repetía varias veces al día, y volvió a cerrar los párpados al tiempo que escondía la cabeza bajo la almohada. Quería quedarse en la cama diez minutos más, lo justo para que Blanca despertara a sus hijos y preparara el café. En realidad, los niños ya eran mayores para despertarse solos, pero a ella no le costaba nada llamar ligeramente a la puerta de sus habitaciones de camino a la cocina.

—Sita, venga. No te hagas la remolona.

Sita, por «Inesita», era la mayor y con ella bastaba un solo aviso para que se levantara. Su interés por ser la primera en entrar en el cuarto de baño, antes de que se le adelantara su hermano Ignacio —al que solo llamaron por su nombre completo en la pila bautismal, el resto del tiempo usaron con él el diminutivo de Nacho—, era la guerra habitual de todas las mañanas lectivas. El más perezoso era Bruno —al que, evidentemente, tampoco llamaba nadie por su nombre. Su apodo obedecía al hecho de ser el pequeño y, a pesar de sus reivindicaciones constantes sobre lo mayor que era ya, todos se

dirigían a él como Brunito—. En esa familia de burgueses, acostumbrados a codearse solo con sus iguales, todos con apodos basados en diminutivos y en nombres acortados, solo Blanca y Sergio conservaban su nombre original. Ella, en su rol de madre y serena de ese hogar, despertaba entre bostezos a sus vástagos con la letanía de todas las mañanas.

—Sita, segundo aviso; Nacho, arriba, no seas perezoso; Brunito, vamos, no puedes llegar tarde.

La casa, silenciosa y oscura hasta el momento, empezó a llenarse de ruidos y de luces que se encendían y se apagaban como en una discoteca. Sita, una vez más, fue la primera en saltar de la cama para encerrarse rápidamente en el cuarto de baño: las duchas de una adolescente duraban una eternidad y ahora que estaba haciendo segundo de Bachillerato y ya no debía usar uniforme necesitaba más tiempo que sus hermanos para decidir qué ponerse.

—¡Mamáááá! ¡Sita se ha vuelto encerrar en el baño! Dile que salga, que necesito hacer pis.

Era Nacho el que se quejaba. Como todos los días, la misma guerra, distintas batallas.

—Ve al nuestro antes de que entre tu padre —contesta Blanca con fastidio.

No le gustaba compartir el baño con los hombres de la casa, y bastante tenía con el descuido de su marido. Si tenía que elegir entre Nacho, de dieciséis años, y Sergio, de cuarenta y nueve, no sabía cuál era peor. Ambos dejaban gotas por la taza que se convertían en pequeños charcos de orín en el suelo. Y, por descontado, ni hablar de limpiarlo o por lo menos de bajar la tapa. Solo Brunito, a pesar de sus nueve años, tenía en cuenta el asco que le daba a su madre encontrarlo todo pringado y usaba el papel e incluso subía la tapa del inodoro al orinar. Eso creía Blanca: en realidad meaba

con tino y limpiaba por encima las gotas salpicadas. Así evitaba los reproches de su madre.

Ella, en la cocina, ya estaba preparando dos cafés, el suyo descafeinado y sin azúcar; el de su marido fuerte y con sacarina.

—Mivi, tu *ristretto* —le dice a Sergio, que aún parecía dormir, mientras lo sacudía con suavidad por el hombro—. Hoy al mediodía he quedado para comer con mi padre. Supongo que me dará el talón con la parte de los beneficios del año pasado. Ya estamos en junio. No sé por qué cada año nos hace esperar más.

La noticia logró que Sergio se despertara de golpe.

—¡Hombre, por fin «el del boli» va a repartir! —exclama.

Sergio nunca llamaba a su suegro, don Anselmo, por su nombre de pila cuando hablaba de él con su mujer, con sus amigos o consigo mismo. Ni siquiera por su apellido, Bonet. Prefería el apodo con el que lo había bautizado desde que, prácticamente, lo conoció. No tenían una mala relación. Al contrario, disfrutaban de una entente cordial e hipócrita por ambas partes (y pelota, además, por la suya) que facilitaba unas relaciones familiares frecuentes y dependientes. Su suegro le había conseguido el trabajo como editor en una multinacional de las que jugaban en primera división. Gracias a él, Sergio ostentaba un cargo en la segunda línea de poder en una empresa del sector presidida por un gran amigo suyo, con un salario anual muy por encima de su valía, con despacho propio y con secretaria.

Todo por ser quien era más que por méritos propios. Su título universitario y su inglés «casi nativo» no lo distinguían de los miles de candidatos que podían haber optado al puesto. Eso sí, su porte de guaperas, con su metro ochenta y cinco, su pelo de un moreno ceniza —largo flequillo incluido— y sus espaldas anchas sí lo habían distinguido, años atrás, entre los múltiples candidatos a meterse en la cama de Blanca.

—Verás cuántas ventajas te traerá haber pegado un braguetazo —se alegró su padre, que en gloria esté, cuando en su día la dejó embarazada de Sita.

—Tranquila, que yo controlo, cari —la convenció Sergio cuando, entre las prisas y las ganas, no se enfundó un preservativo. Y totalmente cierto: nueve meses después y una precipitada boda de por medio, nació su primera hija.

Su suegro, el del boli, estaba ahora oficialmente jubilado, pero había sido un gran empresario. Cincuenta años atrás había levantado «de la nada» una editorial especializada en libros de texto. «De la nada» es la expresión que utilizó en su discurso en el Círculo de Empresarios de la Ciudad Condal cuando recibió un título honorífico por su trayectoria profesional..., pero no era del todo cierto. La realidad es que, al casarse con su mujer, Adela, el padre de esta, un teniente afín al régimen de Franco, le había cedido las riendas de su propio negocio, una empresa basada en la venta de libros de texto para bachilleres, mediante un contrato en exclusiva con colegios religiosos «a fin de perpetuar la enseñanza de los valores patrios». Con el tiempo, y tras el franquismo, la editorial evolucionó y se expandió, publicando libros de filosofía, humanidades y pensamiento, lo que le abrió las puertas de un nuevo mercado: las universidades. En el presente era su hijo Pere, el hermano mayor de Blanca y cuñado de Sergio, quien dirigía el negocio, pero Anselmo seguía manteniendo el control económico de la empresa y, como tal, cada año decidía cómo se repartían los beneficios y firmaba talones (de ahí el apodo que Sergio le había puesto) de la manera que creía era la mejor: algo para Blanca, la hija menor y sin más cargo que accionista minoritaria de la empresa; mucho para Pere, el mayor y, por tanto, según la tradición catalana, el hijo llamado a seguir sus pasos y heredar su negocio; casi todo para él,

que por algo era el patriarca, y nada para Sergio, pues no era un Bonet.

Seis minutos después de que Blanca le anunciara la buena nueva sobre el reparto anual de beneficios, Sergio ya había acabado de ducharse y ella estaba de nuevo en la cocina atendiendo a sus hijos.

—Sita, desayuna antes de irte —le implora mientras introduce dos rebanadas de pan en la tostadora.

—Imposible, mamá. Voy tarde —se oye justo antes de un «adiós, te quiero» sin opción a réplica y del portazo amortiguado por la madera blindada de la puerta de entrada.

«Todos van a la suya en esta familia», piensa Blanca mientras apaga la televisión, ante cuyos dibujos se ha quedado enganchado su hijo Brunito.

—Bébetela leche, que tu padre no te tenga que esperar. Ya sabes que si no se pone nervioso y vienen los gritos.

En ese momento saltan de la tostadora las rebanadas que le había preparado a Sita.

—¿Quieres el bocata de Nocilla? —le pregunta al pequeño. «Hay que aprovechar el pan», piensa.

—Yo sí —contesta Nacho, que hace su aparición recién duchado.

«Qué guapo es», se dice Blanca, que siente predilección por su hijo mediano. «Igual que su padre cuando nos conocimos».

«Igual que su padre en lo físico, y el mismo carácter que yo», prosigue en sus reflexiones. «Creativo, soñador, perezoso... Mis mismas aficiones: la moda, el teatro, las amigas... Porque Nacho no tiene amigos, solamente amigas», se aclara a sí misma. «Se lleva mejor con ellas», lo justifica. «Los chicos son demasiado brutos, demasiado futboleros. Es tan... tan...»

«Es tan amanerado», eso es lo que piensa su padre al entrar en la cocina y observar cómo Nacho se prepara un té. Verde.

Ha puesto sus esperanzas en Bruno. Es con él con quien ahora va al fútbol los domingos. «Una tarde de hombres», le dice al resto de la familia, excluyendo expresamente a Nacho, que simula no oírlo.

—Cari, ¿me preparas otro café? —le pide a Blanca, que en ese instante está untando de crema de cacao las tostadas que ahora son para Nacho.

—Voy. —Como premio, Sergio le da un cachete en el trasero. En ese momento suena el móvil.

—Oh, no, es Regás —le dice a su mujer mientras se sopla el flequillo y simula cara de fastidio. Se dirige al salón para atenderlo, con su segundo *ristretto* en una mano y el móvil en la otra. Cierra la puerta con un golpe de talón, dejando los ruidos y conversaciones domésticas al otro lado, además de una marca negra de goma a treinta centímetros del suelo—. ¿Sí?

Regás es el escritor más cotizado del momento y Sergio es, además de su amigo, su editor. También es un cocainómano, un maleducado y un putero.

—¿Qué pasa, cabrón? —saluda el novelista.

—Dime...

—Pero bueno, ¿Qué manera de contestar es esa?

Sergio, dirigiéndose a la parte más alejada del salón y bajando la voz, le contesta:

—¿Cabrón?, ¿es esa la manera de dirigirte al editor que te va a consagrar como el autor más reputado del país?

—Oye, puto presuntuoso, que el mérito es mío, que escribo como los dioses.

—Pues sí, en eso te doy la razón, pero no sueltas tacos en tus novelas.

—Me los guardo todos para ti, marica. Bueno, no te piques. Escucha: te necesito esta noche. Me tienes que acompañar a la presentación del libro en el Ateneo de Manresa.

—¿Yo?, ¿por qué? ¿No sabes ir solo?

—Bueno, es que... vendrá Natacha. —Natacha es la última prostituta rusa de veintitrés años con la que se cita recientemente el escritor.

—¿Y a mí para qué me necesitas?

—Je, je. A ti para nada. No es eso, es que viene con una amiga... Y además, tras desahogarnos un poco hablaremos de negocios, ¿no?

—¿De qué negocios? —bromea Sergio haciendo ver que no sabe de qué le habla.

—De lo mío, claro. Este año va a ser que sí, ¿no?

La conversación prosigue unos minutos más, el tiempo justo de tranquilizar a su amigo y de quedar a la hora y en el lugar donde se encontrarán. Luego entra de nuevo en la cocina y se dirige a su mujer:

—Mivi, lo siento, pero esta noche tengo que acompañar a Regás a Manresa. Cenaremos algo al salir del Ateneo. Qué pereza. Es un niño mimado. Parece que no sabe hacer nada solo —dice, completando su actuación con un mohín de fastidio y soplando de nuevo su flequillo.

—Vaya. —Blanca deseaba cenar en familia para elegir juntos en qué gastarían el cheque de ese año.

Sergio, que no se percata de su decepción, apura de un trago su café y deja la taza en el primer sitio que encuentra, el brazo del sofá de piel.

—¿Qué, Brunito? ¿Listo? —le pregunta a su hijo mientras le revuelve el pelo.

—¡Sí, papá! ¿Nacho? —grita en dirección al pasillo—. ¿Vienes?

Salen los tres juntos, no sin antes despedirse de Blanca con un rápido beso. Se van dando el segundo portazo. Ella los observa marcharse: los tres hombres de la casa. ¡Qué guapos!

Han salido a Sergio. Menos Sita, que es más como la familia de su madre, los Belloch: resultona, delgada, alta... pero guapa, no. Para qué engañarse. Un pelo castaño sin ninguna gracia, los ojos marrones y demasiado juntos, la nariz tirando a aguileña, la boca fina, la piel tan clara como el nombre de la madre... Menos mal que ambas tienen planta y estilo. Y dinero y tiempo: Blanca reconoce que es gracias a «los cuatro retoquitos», que es como ella y las que son como ella los llaman (el UVA, las pestañas postizas, la manicura y pedicura quincenal, las infiltraciones de bótox en los labios y en las arrugas del entrecejo, el ácido hialurónico en las patas de gallo y en las comisuras de la boca, los hilos de oro para tensar los pómulos, las sesiones mensuales de mechas y de tinte en la peluquería, el gimnasio tres veces por semana, los anticelulíticos diarios, la gracia en el vestir, la ropa cara...), a ese «poquitín» de ayuda, a lo que deben ella y su hija no ser feas del todo.

Luego observa el desastre a su alrededor: las tostadas a medio acabar; las migas en la mesa y en el suelo; las tazas de café, de leche y de té repartidas por doquier... suspira:

—¡Y hoy Melanie no viene hasta las once!

Hace el amago de recoger, pero no sabe por dónde empezar. Nota cómo se estresa por la falta de práctica. Decide que es mejor esperar a que llegue la asistenta. Se deja caer a plomo en el sofá con el móvil en la mano. Desbloquea la pantalla y pierde la noción del tiempo navegando por la red.

Capítulo 2

La nota

En ese mismo momento, a varias manzanas de distancia, en un edificio correspondiente al distrito de Pedralbes de Barcelona, don Anselmo, como le llaman en el Club de Polo; Anselmo, como le llama su mujer; Anselm, como le llamaban de pequeño, o tan solo «el del boli», como le llama a escondidas su yerno Sergio, se despierta con la luz que se cuele por las ventanas del salón. A diferencia de este, a él la vida hace años que no le sonríe. Lo máximo que ha conseguido es la sonrisa etrusca de una existencia hedonista gracias a los placeres mundanos que pueden conseguirse con dinero, pero solitaria y vacía de amor. La falacia de Montecarlo nos indicaría, por tanto, que, tras años de inercia, su suerte está próxima a cambiar. O no. Ya hemos explicado que el azar parte de cero en cada tirada.

Lo único que ocurre, por el momento, es que Anselmo se estira exageradamente en el sofá. Emite un silencioso bostezo y aparta la colcha que lo cubre hacia los pies. Coloca las manos cruzadas sobre su enorme barriga y se queda unos instantes deleitándose en el sueño que se escapa con los primeros atisbos de la conciencia. Sabe que es inútil retener las imágenes y los diálogos, pero conserva las sensaciones. En cuanto se duerme vuelve a su infancia en Puigcerdà. Sus recuerdos no

son lineales sino desordenados y saltan décadas enteras: recuerda cantar en clase el «Cara al sol» todas las mañanas, con la mano alzada. Su rebeldía consistía en abrir la boca, pero sin emitir sonido alguno. Evoca, también, los partidos de fútbol en el patio del colegio, sus dotes como delantero y el júbilo con que celebraba los goles. Rememora su primer trabajo estable como monitor en las estaciones de esquí cercanas. Por entonces estaba en forma. Su cuerpo era atlético, incluso musculoso, claro que también era joven. En casa le decían que tenía un aire a Rock Hudson. Moreno de tez y de pelo, con una mata tupida, peinada con raya al lado, gran tupé y ojos oscuros. Amor de madre, tal vez. Pretendientes no le faltaban, eso seguro. No cuidaba su peso. No le hacía falta. La constante actividad física lo mantenía en forma. Era guardés en un par de casas de la zona, preciosas y enormes viviendas ceretanas de barceloneses que solo acudían durante las vacaciones de Navidad, la Purísima, Semana Santa y, a veces, en verano. A esas viviendas, perfectamente integradas en el paisaje, se las denominaba así en la comarca. Se trataba de casas construidas con materiales de la zona (fachadas de piedra, tejas de pizarra y puertas y porches de madera) completadas con era o jardín.

Los propietarios le entregaban las llaves de la cancela y del garaje y él entraba con su cuatro por cuatro desvencijado a reponer la leña que luego utilizarían en invierno. En cuanto la nieve empezaba a derretirse se encargaba del jardín y arreglaba cualquier imprevisto: reparaba una parte del muro derribado por el exceso de peso tras una nevada contundente, daba de comer a una camada de gatos nacida a la intemperie, segaba la hierba y podaba los setos... Fue así como conoció a Adela, su mujer. Está seguro de que lo que a ella le atrajo de él fue su aspecto atlético y su porte de entonces. Por lo demás, solo les unía la química del sexo. En lo restante, no podían ser más

diferentes: él, nacido en la comarca, un hombre de campo; ella, una chica de ciudad; él, avergonzado de su acento catalán cuando hablaba en castellano; ella, que se negaba a hablarle en catalán, pero que no disimulaba su hilaridad ante sus constantes barbarismos; él sin más oficio ni beneficio que el que le proporcionaban sus manos; ella, la única heredera del imperio forjado por sus padres, ricos desde la cuna. Su suegra, doña Merceditas, lo acogió porque no quedaba otra solución. Pere, el primer hijo que tuvieron Adela y Anselmo, fue un accidente imprevisto. Sin embargo, ninguno de los padres de Adela le hicieron nunca ningún reproche. Al contrario, celebraron una boda por todo lo alto y lo facilitaron todo para que él dejara de inmediato el pluriempleo para ponerse al frente del negocio editorial de su suegro. Su vida cambió de la noche a la mañana: dejó de hablar catalán, evitó ver a sus padres y a su hermana, abandonó su comarca natal, renunció al trabajo rudo... Por dejar, dejó atrás, incluso, su nombre: nunca más fue Anselm, sino Anselmo o don Anselmo.

Hasta hace poco. Se palpa el bolsillo de la camisa. Está arrugada y debe cambiársela. Ayer se quedó dormido antes de ponerse el pijama. Ahí está, a pocos centímetros del corazón, la nota que lo acompaña desde que la recibió. Su nombre encabeza el papel que Dolors Ventura, su primer amor, le ha hecho llegar a través de su hijo Àngel: «Anselm, mai no t'he demanat res...»¹. Está a punto de abrirla de nuevo para releerla a pesar de que conoce su contenido de memoria, pero escucha el despertador en la habitación del fondo del pasillo, la que corresponde a su propio dormitorio, el que en teoría comparte con su mujer. Son las 7:30 y Adela se levantará en breve. Anselmo se incorpora con rapidez y abandona sus en-

¹ Nota de la autora: «Anselmo, nunca te he pedido nada...».

soñaciones. En diez minutos ella hará su aparición en el salón y en quince llegará la asistenta. Sus tripas empiezan a rugir.

Como si fuera la señal que esperaba se dirige sigilosamente a la cocina. Con la nevera abierta, repasa el contenido. Descarta el estante de abajo con los sucedáneos de lácteos: los yogures desnatados, el kéfir, el queso de Burgos... hay nombres que no sabe ni lo que son. En la repisa superior encuentra un par de paquetes que contienen embutido: pavo, más pavo (pero ahumado), queso bajo en calorías, tofu, ¿tofu?... ¡Qué aburrimiento! Descarta esos alimentos sin sustancia. Encima de la balda con el embutido, dos fiambreras muestran su contenido a través del cristal. En una hay arroz blanco, pero en la otra... está su premio. La asistenta ha dejado preparado el sofrito de olivas, pimiento morrón, tomate, atún y anchoas para rellenar unos huevos duros. Atiende a los ruidos del pasillo: silencio absoluto. Mira el reloj: le quedan escasos cinco minutos. Abre un cajón, elige una cuchara sopera y se sienta en un taburete con su tesoro sobre las rodillas. Le da tiempo a engullir siete cucharadas colmadas hasta que oye los muelles del somier. Sigilosamente, guarda el bol medio vacío en su sitio y deja el cubierto dentro del lavavajillas.

Cuando Adela entra en la cocina, el café ya está listo. Anselmo, sentado en el mismo lugar de antes, con una taza vacía frente a sí, la saluda animosamente. Su día ha empezado bien y está de buen humor.

—Buenos días, cariño.

Adela levanta una ceja, suspicaz. No sabe cómo interpretar esa irónica sonrisa de su marido ni el apelativo amable con el que la recibe. Se sirve un café y abre un cajón de la cocina, de donde extrae un recorte de periódico.

—Mira —le contesta a modo de saludo acercándole el papel—, he pensado en enmarcarlo y colgarlo en el salón.

Anselmo lee el titular: «Anselmo Bonet, homenajado en el Círculo de Empresarios de Barcelona, por levantar “de la nada” su imperio editorial». El breve va acompañado de un texto que lee por encima y de una fotografía de él frente a un atril.

—«¿De la nada?» ¿No podían haber elegido otro titular? —pregunta molesto.

—Lo dijiste tú en tu discurso, cariño —replica Adela condescendiente y con una irónica entonación final—. Los periodistas solo hacen su trabajo.

—Lo dije, sí. Junto a muchas otras cosas, cariño —añade él en el mismo tono y recalcando el segundo «cariño» de esa mañana—. Como que el negocio, cuando lo heredé, estaba prácticamente en bancarrota...

Adela escucha la última palabra como si de un insulto se tratara. Se levanta como activada por un resorte, apura de pie y de un solo trago su café y lo interrumpe:

—Ya, ya sé lo que explicaste. Yo también viví esa época, por si no lo recuerdas. En cualquier caso, a nuestras amistades, y al público en general, no les interesaba conocer los pormenores. A Dios gracias la prensa no ha recogido la totalidad de tu discurso. «De la nada» te dejaba ya en buen lugar, no hacía falta explicar nada más. —Mientras le contesta no lo mira. Enjuaga la taza que deja reposar sobre la encimera de espaldas a él y añade—. Me voy a la ducha.

Anselmo vuelve a quedarse a solas con el recorte delante. Lo lee con más atención y lo arruga: en efecto, el artículo no refleja ni la mitad de su historia. Es una batalla perdida, lo sabe, pero le da rabia. Se siente frustrado. Da igual todo lo que haya conseguido en su vida a base de trabajo y de esfuerzo. Él siempre será el patán que sedujo a la rica heredera de un imperio, dejándola embarazada y resolviendo así su vida. A nadie le interesa conocer la verdadera historia.

La realidad es que cuando él se hizo cargo del negocio, la posguerra y el franquismo ya eran historia. Los colegios que compraban los libros de texto que «por decreto ley» les vendía la empresa de su suegro empezaron a devolverse con los argumentos de que estaban obsoletos, además de sesgados en su contenido. Es más, muchos de los contratos que se firmaron durante el régimen no se renovaron tras la muerte del dictador. Las escuelas cerraron sus puertas a una editorial vinculada a unos valores patrios, de derechas y anacrónicos que no iban con los nuevos tiempos de apertura. Fue mérito de él, de Anselmo, colocar los cientos de libros que acumulaban polvo en el almacén, renovar la cartera editorial, cancelar los préstamos, disminuir la deuda y ampliar el mercado al mundo de la universidad más allá de las fronteras de un país que se le quedaba pequeño. Así que sí, «de la nada» no reflejaba el esfuerzo titánico que debió realizar. La empresa que heredó, y que renovó haciéndola crecer —no desde cero, sino desde menos que cero—, saldando deudas antiguas y librando a la familia de la bancarrota hacia la que se dirigía el negocio familiar fue un regalo envenenado.

Adela, su mujer, no quería verlo así porque pertenecía a otro tiempo, uno en el que las mujeres vivían al margen de los negocios de los hombres. Su papel era el de ama y señora de su casa. Mandaba en la intendencia, en el servicio y en la vida social. Hablar de sueldos y de deudas era una vulgaridad. Ella se limitaba a gastar, por cuna y por derecho. Vivía, en cierto modo, de los recuerdos de una época pretérita. «La clase social se hereda, no se compra» o «el dinero no hace al señor» eran algunas de sus frases preferidas. A Anselmo ya no le importa que no quiera atribuirle los méritos que se había ganado con tantos años de esfuerzo. Se ha cansado de ser el marido consorte, el trepa, el cateto venido del pueblo. Ahora un

trozo de su pasado se ha colado en su presente en forma de nota y le ha proporcionado un sentido nuevo a su presente y, por qué no, a su futuro. Lo que hizo por el negocio, hecho está. Él lo sabe y con eso basta. Es una batalla perdida demostrarle el mérito que tiene su esfuerzo a una mujer que no lo valora porque nunca se lo ha tenido que ganar. Además, ahora su vida está volcada en una nueva meta. Su reciente objetivo vital está relacionado con la valiosa nota que guarda en su bolsillo. La palpa y se pone manos a la obra: es hora de llamar a su yerno, Sergio, para confirmar que ha cerrado el contrato de publicación del libro *La casa de la aduana*.

UNA NOVELA DE GANADORES Y PERDEDORES, PUESTO QUE EL AZAR NO SE PUEDE PREVER

A las siete en punto de la mañana de un caluroso mes de junio empieza la rutina diaria en tres hogares de la ciudad condal. Blanca, a pesar de no trabajar, se levanta para atender a Sergio y a sus tres hijos. Aparentemente son una familia de anuncio. La vida siempre les ha sonreído, no como a sus padres, Anselmo y Adela, quienes ni siquiera comparten dormitorio. A esa misma hora, Rebeca, la joven y fiel secretaria de Sergio, ya hace rato que trabaja para olvidar su soledad.

Lo que ignoran es que una serie de sucesos encadenados y nimios en apariencia van a dar un vuelco a la vida de todos ellos poniendo a cada cual en el lugar que le corresponde: un absurdo accidente, un móvil olvidado en un cajón, la carta de un amor de juventud, un manuscrito tirado en una papelera, un mensaje imprevisto de una hermana con quien no tienes relación...

Porque la fortuna es imprevisible, aunque hay quien cree, erróneamente, que el azar se puede prever. Esa es la esencia de la teoría matemática conocida como la falacia de Montecarlo.

Una novela de amor y de traición, de secretos de familia, de nuevas oportunidades y de rupturas tardías, de ganadores y de perdedores, donde descubriremos a personajes ácidos y entrañables y a mujeres empoderadas, débiles, adictas al trabajo, controladoras, luchadoras... pero todas ellas protagonistas de sus vidas.

CONTRALUZ

www.contraluzeditorial.es

